

D.^a LEONOR. ¡Ay! ¡gracias á Dios! Respiro.
D.^a ELVIRA. Ya sube. Yo me retiro. (*Vase.*)
D.^a LEONOR. ¡Cuánto su arrojo me empeña!

Salen EL REY, PIERRES y ANACLETA.

REY. ¡Oh mi encanto, oh Leonor bella!
D.^a LEONOR. Un sueño se me figura veros aquí.

REY. El alma mía también de tal dicha duda. Una ilusion me parece, que mi contraria fortuna engañosa me presenta, para burlarla sañuda y agrandar con falsas dichas mis verdaderas angustias.

D.^a LEONOR. ¿Cómo habeis estado?

REY. Como el universo si á oscuras veinticuatro horas pasase, sin ver el sol que lo alumbrá.

PIERRES. Nada exagera, señora. Mas permítele á mi sucia boca que mejor te pinte el triste estado que...

REY. Excusa bufonadas.

D.^a LEONOR. No, dejadle. Sabeis que su humor me gusta. (*Se sienta y ofrece silla al rey.*)

PIERRES. Pues con esa salvaguardia, por más que mi señor gruñá, allá voy; no á relatarte eso de orbe, sol y luna, de oscuridades, de luces, y otras gentiles locuras, que á personas de juicio las joroban y estrangulan...

REY. ¿Pues qué dirás, majadero?

PIERRES. Diréle, señor, en suma, que has estado hecho un orate, un alma en pena, una grulla, y un camello. Y tú, señora, que es cierto verás si escuchas.

D.^a LEONOR. Dí.

PIERRES. Ha querido, como loco, mi señor darme una tunda: ha roto muebles y espejos, y ha armado gentil trifulca. Cual alma del purgatorio ha sido la quinta angustia; diciendo que se quemaba el corazón y asaduras, ardiendo en un vivo fuego, que no le hacía ni una pupa; y que la dulce esperanza,

más dulce que miel ó azúcar, de veros hoy, lo alentaba, y la de gozar la suma gloria de este paraíso, viniendo á las plantas tuyas. Toda la noche ha pasado en un pié, como aseguran que el ave, que dije, suele; y toda en ropas menudas cerca de la lamparilla, á cuya luz moribunda ya repasaba tus cartas, ya una trenza hermosa y pulcra besaba de tus cabellos, diciendo sandeces muchas. Lo del camello aquí encaja, que no es (Dios me guarde) injuria. Hace veinticuatro horas que está don Juan en ayunas, caminando en el desierto de mil ideas confusas.

No comer en tanto tiempo, y sin dejar la andadura, vive Dios que lo hace sólo aquel animal. Discurra ahora tu ilustre belleza si son ó no inoportunas mis cuatro comparaciones con orate, ánima, grulla y camello; pues mi amo lo que estos cuatro hacer usan lo ha hecho el tiempo que hace estamos sin ver esa cara chusca.

REY. No sé cómo os hace gracia.

D.^a LEONOR. Lo que me dice me adula. ¿Y me ha nombrado á menudo vuestro señor?

PIERRES. ¿Eso dudas?

Más Leonores ha ensartado que hay en las vendimias uvas, que hay letras en un proceso, que hay en un podenco pulgas. Cuando á Leonorar se pone, debe pensar quien lo escucha que un siglo de perdonanza logra por romana bula, cada vez que Leonor dice y que sus letras pronuncia. No sueltas más necesidades.

(*Empieza á hablar aparte con doña Leonor.*)

REY. Ya no me queda ninguna, que el tesoro de mis chistes en un momento se apura.

(*A Leonarda.*)

PIERRES. Y tú, morena sabrosa,

más que ecijana aceituna, ¿cómo lo pasé en tu ausencia, ni siquiera me preguntas? LEONARDA. Señor gabacho, ya sabe que soy muy de veras suya; y por sí, como su amo, también se viene en ayunas, conmigo hácia la cocina puede caminar si gusta, y topará con los restos de un ánade y una trucha, y con un trago.

PIERRES. ¿Alaéjos?

LEONARDA. Alaéjos del que echa pullas.

PIERRES. Eso pido, y buenas noches. Vamos allá, pese á Judas, mientras mi amo y tu señora se atortolan y se arrullan, diciéndose desatinos, que amor sublime intitulan.

(*Vase con Leonarda.*)

ANACLETA. (*Aparte.*) Ser tercera de señoras, aunque muy poco me gusta, es mi oficio; mas me pudre serlo de esta pelandusca. Y el que se esconda con Pierres ni me coca ni me azuza, mas cuando va con Tomate me convierto en una furia.

D.^a LEONOR. No te duermas, Anacleta.

ANACLETA. Bien podeis estar segura, pues pasando mi rosario no me vence el sueño nunca.

D.^a LEONOR. Observa atenta á mi tío, no se despierte, trasluzca que no estamos acostadas, y alguna desdicha ocurra.

ANACLETA. (*Aparte, yéndose.*)

Malditas sean estas tocas, y los cincuenta que abruman mis costillas, y convierten á una mujer en lechuza. Pues con todo no me trueco por Leonarda, ni por... muchas otras aun más estiradas.

Y si tuvieran cordura los mozalvetes, sabrían que aunque parecemos tumbas las dueñas, con estos sayos, tenemos fresca la injundia, y el corazón, y unas carnes mejores que ahora se usan; que al cabo estas damiselas son solo unas aleluyas, y en quitándoles las joyas, los postizos y las mudas,

TOMO II

con todos sus verdes años parecen pollos sin plumas. (*Vase.*)

D.^a LEONOR. ¡Ay don Juan! Estoy tan loca que lo que en el alma siento en este feliz momento no sabe expresar mi boca.

REY. ¿Es verdad cuanto me habláis? (*Con melancolía y vehemencia.*)

Mucho más grande, Leonor, mucho más grande mi amor es, de aquello que pensais.

D.^a LEONOR. Mas ¿por qué tanta reserva sobre vuestro plan futuro, y ese misterioso muro entre los dos se conserva?

Vuestro corazón inquieto á un no sé qué, que disgusta mi pecho, y que mi alma asusta, conozco que está sujeto.

Y al pintarme vuestro afán, de que no dudo, una espina os punza, con que no atina mi pensamiento, don Juan.

REY. (*Afligido.*) Es tan rara mi ventura, que amaros correspondido me tiene en un mar hundido de dolor y de amargura. Y ojalá, jamás os viera, y vuestro pecho jamás...

D.^a LEONOR. Cada vez ¡ay cielos! más aumentais mi angustia fiera.

REY. Un enigma oscuro soy, un desdichado francés, que el alma rindió á tus piés y que sólo...

D.^a LEONOR. Muerta estoy... ¿No sois caballero?...

REY. Sí, más que el sol.

D.^a LEONOR. ¿Libre?

REY. También.

D.^a LEONOR. ¿No me amais?

REY. (*Con vehemencia.*) ¡Ay!... Sois mi bien, mi encanto, mi frenesí.

D.^a LEONOR. ¿Y seguro de que os quiero?...

REY. Segurísimo, Leonor; y el deberos tanto amor es mi martirio el más fiero, es mi gloria la más alta, es mi pena la más dura, es mi más grande ventura, la que á los cielos me exalta. Es mi vida y es mi muerte, mi infierno, mi paraíso; que en mi pecho apurar quiso tantos contrastes la suerte.

D.^a LEONOR. Explicaos, que confundida me teneis en un abismo.
 REY. *(Despechado.)* ¡Ay!... no me entiendo á mí mismo. Sólo sé que sois mi vida. *(Queda doña Leonor muy abatida y llorando; el rey continúa aparte agitado.)* ¡Cielos! no quiero engañar á esta celestial mujer. ... ¿Y su amor he de perder? ... ¿Y la he de desesperar? No puede un rey poderoso lo que el esclavo más vil. Mil coronas diera, mil, por ser de este ángel esposo; mas fuerza es disimular. *(Alto.)* Leonor... decid...
 D.^a LEONOR. *(Llorando.)* No hay que os diga.
 REY. ¿Llorais?... Mi lengua maldiga el cielo, si os dió pesar. Os idolatro, os adoro, soy feliz si me amais vos; dejad al tiempo, y á Dios mis enigmas: no más lloro. Venid, recobrad la calma y oiga yo ese suave acento, que es el bálsamo del viento y el encanto de mi alma.
 D.^a LEONOR. *(Algun tanto recobrada.)* Vuestros misterios, don Juan, son un horrendo martirio.
 REY. Mi delicia, mi delirio, al cabo se aclararán.
 D.^a LEONOR. ¿Para ser ambos dichosos?
 REY. ... ¡Ojalá!
 REY. Sí, yo lo aguardo. Y á mi ardiente anhelo, tardo es el tiempo presuroso. No hablemos más de esto, no. ¿Me amais vos? decid, ¿me amais?
 D.^a LEONOR. ¿Y qué, don Juan, lo dudais?
 REY. *(Con mucha ternura.)* Pues aun más os amo yo. *(Con aire ligero.)* Mi carácter, y lo raro de mi situación, que al fin me obliga á ocultarme, sin mostrarme nunca al sol claro, porque de mi pobre rey tan desdichado, el servicio exige este sacrificio, y el cumplirlo es justa ley, causan estos desvarios de mi acalorada mente: y así salgo de repente con estos repentinos mios.

Cuidados grandes tambien... Mas nada importa, Leonor, *(Muy cariñoso.)* mi vida está en vuestro amor; sois mi tesoro, mi bien.
 D.^a LEONOR. Yo me hago cargo de todo, don Juan, y no exijo nada, porque un alma enamorada es de fácil acomodo. Lo que llega á acobardarme es que por mí os espongaís...
 REY. Bella Leonor, no temais, pues yo sé muy bien guardarme.
 D.^a LEONOR. Anoche cuando el empeño con la ronda, ¡cual quedé!
 REY. Nada aquel encuentro fué, nada, mi adorado dueño.
 D.^a LEONOR. De ser quimerista alarde haceis, don Juan.
 REY. *(Frio y disgustado.)* No por cierto, pues no hubo otro desconcierto á vuestra puerta más tarde.
 D.^a LEONOR. *(Sobrecogida.)* ¿Y por qué?
 REY. *(Malicioso.)* En cuanto pasó la ronda, torné hácia aquí.
 D.^a LEONOR. ¿De veras?
 REY. Y cosas ví que no quisiera ver yo.
 D.^a LEONOR. *(Recelosa y asustada.)* ¿Volvisteis?
 REY. Volví, señora.
 D.^a LEONOR. ¿Estais en vos?...
 REY. *(Mortificado.)* ¿Os disgusta?
 D.^a LEONOR. *(Decidida.)* Y mucho, porque me asusta.
 REY. *(Con viveza.)* ¿Y por qué?
 D.^a LEONOR. *(Confusa.)* Por nada.
 REY. ¿Ahora la misteriosa sois vos?
 D.^a LEONOR. *(Turbada.)* ¿Yo la misteriosa?...
 REY. *(Resuelto.)* Sí, y no he de salir de aquí sin apurar, vive Dios, qué causa vuestra sorpresa. Pensé no deciros nada, mas al veros alterada declararme me interesa. Ya disimular no puedo. Varias noches van que tres embozados...
 D.^a LEONOR. *(Con viveza.)* Cierto es.
 REY. ¿A la una?
 REY. En punto.
 D.^a LEONOR. *(Asustada.)* ¡Ay qué miedo!

REY. ¿De qué?...
 D.^a LEONOR. Don Juan, sed prudente: á la una nunca esteis, si de veras me quereis, en esta calle.
 REY. *(Indeciso.)* ¿Esa gente... es acaso?... ¿Qué os altera?... ¡Leonor!... ¡Leonor!...
 D.^a LEONOR. *(Afligida.)* ¿Teneis celos?... Me ofendeis.—¿Tan poco, oh cielos, conocéis mi fe sincera?
 REY. Os amo... en vuestro jardín hombres he visto á deshora... al decíroslo yo ahora se torna en güalda el carmin de vuestro rostro... ¡Ay Leonor!
 D.^a LEONOR. Me poneis en duro aprieto. En todo esto hay un secreto...
 REY. *(Enojado.)* Ya reconozco el rigor de mi contraria fortuna. Si burlais mi confianza, ¿quién despues tendrá esperanza, cielos, en mujer ninguna?
 D.^a LEONOR. *(Afligida.)* ¿Y dudais de mí?... Pues no me faltaba ¡ay triste! más.
 REY. *(Con abatimiento y ternura.)* Divina Leonor, jamás. Cuanto valeis lo sé yo. Mas ¡ay! aquietad mi pecho; del laberinto sacadme por vuestro amor, y dejadme consolado y satisfecho.
 D.^a LEONOR. ¿A vos, enigmas en todo y misterios?... Mas mujer soy, y sabemos querer las mujeres de otro modo. Advertidlo en cuanto hago. Tengo, don Juan, una prima... vuestra discrecion me exima, si á los celos satisfago con esto, de descubrir...
 REY. *(Confuso.)* No basta... ¿Encontrarme no pudiera?... *(yo)*
 D.^a LEONOR. Don Juan, no, sin tener ¡ay! que sentir, sin correr el riesgo más espantoso.
 REY. ¿Qué, el amante de esa prima es un gigante, ó es algun leon quizás?
 D.^a LEONOR. Es gigante, y es leon: ésto, don Juan; sí, creedme.
 REY. Con eso lograis ponerme en más dura confusion; y más anhelo me inflama de buscarlo, vive Dios.

D.^a LEONOR. Pero ¿quién os mete á vos con galanes de otra dama?
 REY. *(Resuelto.)* Vos, astuta, me ocultais algo en esto; y dudo, y quiero descubrir con el acero lo que vos disimulais.
 D.^a LEONOR. Pues, don Juan, para aquietaros de una vez, aunque lo siento por mi prima, en el momento voy la verdad á explicaros. De mi prima es rondador... A nadie lo revelad...
 REY. *(Impaciente.)* Vamos, Leonor, acabad.
 D.^a LEONOR. Nuestro augusto Emperador.
 REY. *(Pasmado.)* Eso es ya caso distinto. *(Queda doña Leonor como asustada y pesarosa de lo que ha dicho, y el rey como sobrecogido, dice aparte.)* ¡Cielos! ¿qué oigo?... ¿disfrazado he visto cerca, á mi lado, al gran César Carlos quinto? ... ¿Y mi necio corazon no me lo avisó?... ¡Dios mio! ¡Ah!... de gozo desvario. Hallé la ansiada ocasion.
 D.^a LEONOR. Habeis quedado de hielo. ¿Veis ahora qué bien hacia en callar, y que tenia por vos muy justo desvelo? ¡Ay si os hallase!
 REY. *(Con gran soltura y jovialidad.)* No tal. Al encontrarse conmigo, me abrazará como amigo Su Majestad Imperial.
 D.^a LEONOR. ¿Qué cosas decís!... Tan presto vuestro carácter cambiáis, y ya de burlas tratais con jovial y alegre gesto; ya profundo, serio, grave, de infortunios y disgustos, de desgracias y de sustos, que lo que sois no se sabe ni cosa posible es entenderos. ¡Ay de mí! Decid, don Juan, ¿es así todo el que nace francés?
 REY. Con diferencia muy corta; mas yo ¿en qué me contradigo?
 D.^a LEONOR. *(Apurada.)* ¿No es contradecirse, que el que dice que le importa (digo, tanto, tanto el ocultarse, al emperador no tema, y diga con tanta flemma que con él ha de abrazarse?
 REY. Si hallarme con él conviene...

D.^a LEONOR. Mas ¿conoceis?...
 REY. ¿Qué, Leonor?
 D.^a LEONOR. ¿Al augusto Emperador?
 REY. El es quien aquí me tiene.
 D.^a LEONOR. Dejad las burlas: decid,
 ¿sabe, pues, Su Majestad
 quién sois?...
 REY. Por su voluntad
 estoy viviendo en Madrid.
 D.^a LEONOR. (*Levantándose incomodada.*)
 Hombre todo confusiones,
 todo enigmas y misterios,
 que de disgustos tan serios,
 de tantas tribulaciones
 me estais abrumando el alma,
 ¿qué de esta infeliz quereis?...
 De mi amor más no abuseis
 con esa malicia y calma.
 Ya galan, ya enamorado,
 ya tierno, frívolo ya,
 indiferente quizá,
 ya celoso, ya indignado,
 peligros fingiendo ahora,
 gran poder mostrando luégo,
 uniendo el mando y el ruego,
 semblantes mil en un hora,
 ¿quién os ha de comprender?
 REY. (*Arrojándose á sus piés muy rendido.*)
 ¡Oh soberana beldad!
 ¡oh mi encanto! perdonad,
 ni yo me puedo entender.
 Tan sólo sé que os adoro:
 si correspondido estoy,
 el más venturoso soy,
 y vos mi único tesoro.
 Tuve celos, lo confieso,
 mas del pecho los borré,
 porque quien sois, Leonor, sé;
 y os amo con tal exceso,
 que el aura sois que respiro,
 la vida que me sustenta,
 el encanto que me alienta,
 la sola dicha á que aspiro.
 D.^a LEONOR. (*Levantándolo con gran ternura.*)
 ¡Ah!... Levantad... yo os lo ruego.
 ¿Si tan dichosa lograis
 hacerme, por qué os gozais
 en atormentarme luégo?
 REY. Sí, os adoro. Mas, Leonor,
 ¿no será acaso muy tarde?...
 porque es fuerza que me guarde,
 no venga ya aquel señor.
 D.^a LEONOR. La primera vez es esta
 que tanta priesa mostrais.
 REY. ¡No sé cómo lo extrañais!
 D.^a LEONOR. ¿Ya el estar aquí os molesta?

REY. (*Aparte.*) Ya deshaciéndome estoy.
 (*Alto.*) Pues, ¿dónde, dueño adorado,
 vivo sino á vuestro lado?
 ¿Dónde venturoso soy?
 Mas el sobresalto justo
 que de un encuentro teneis
 evitar quiero. Ya veis
 que mi anhelo es daros gusto.

Sale ANACLETA apresurada.

ANACLETA. Señora, que es tarde ya;
 ha despertado el señor,
 y si siente algun rumor
 tal vez se levantará.
 REY. ¿Lo veis?
 D.^a LEONOR. ¡Oh don Juan! (*A Anacleta.*) Avisa
 para que baje el criado
 sin estruendo y con cuidado,
 y dale á Leonarda prisa.
 (*Vase Anacleta.*)
 Y vos, don Juan, por aquí,
 (*Le conduce á la puerta.*)
 sin olvidar cuánto os quiero,
 y que de pena me muerdo
 cuando os separais de mí.
 Y pues sois noble y discreto,
 de cuanto os he revelado
 espero será guardado
 el más profundo secreto.
 Hasta mañana, id con Dios,
 y retiráos con juicio:
 haced este sacrificio
 por los que yo hago por vos.
 REY. ¡Oh Leonor angelical!
 sois un celestial tesoro,
 que con alma y vida adoro
 con un amor sin igual.
 (*Aparte.*) ¡Qué peregrina mujer!
 Harto engañarla me pesa. (*Vase.*)
 D.^a LEONOR. (*Aparte.*)
 ¡Cuánto este hombre me interesa!
 El seso voy á perder. (*Vase.*)

ESCENA III

Calle de noche. Salen EL REY y PIERRES, cayéndose de borracho

REY. (*Enojado.*) ¿Así, bergante, vienes,
 que en pié derecho apénas te sostienes?
 Vive Dios que he de asparte,
 y la vil borrachera he de quitarte
 á puros puntillones.
 PIER. Hay tantos escalones...
 y... tantas lucecitas...
 Leonarda... ¿son las ánimas benditas?

REY. (*Sacudiéndolo del brazo.*)
 ¡Pierres!... ¡Pierres!... ¡Infame!
 PIER. Todo cristiano exclame...
 viva... viva Alaéjos;
 ¡qué sabor tiene, y qué sabrosos dejos!
 REY. ¡Bribon!... mira... si...
 PIER. ¿Estorbo?
 Dame, chica, otro sorbo.
 REY. ¡Pues en muy buen instante
 tiene tal borrachera este tunante!
 PIER. Vamos...
 REY. ¿A dónde?
 PIER. ¡Toma!... A la bodega.
 REY. ¡Picaro! (*Dale un pescozon.*)
 PIER. No me empuje...
 que el paso no se niega;
 y... mire el alicruje...
 REY. (*Trabándolo de un brazo.*)
 Calla, bribon.
 PIER. Leonarda,
 si en la bodega hay guarda...
 yo... ¡Que viva Alaéjos,
 aunque sepa á la pez de los pellejos!
 Yo... diré...
 REY. (*Le da cachetes y empujones.*)
 Toma, toma.
 PIER. (*Cae al suelo.*)
 ¡Ay!... ¡cuánta luminaria!... Ande la broma.
 REY. ¡Mal hayan él y el vino!
 Pretender levantarlo es desatino.
 ¡Gran bribon!—Por fortuna
 aun no ha dado la una.
 Hasta el amanecer no he de tornarme
 á la prision, pues tengo de encontrarme
 con mi enemigo; y en durmiendo un rato,
 volverá en sí tal vez el mentecato.
 Mas de esta calle en medio
 va á servirme de estorbo sin remedio.
 ¡A muy buena ocasion se ha emborrachado!
 ...Arrimarlo hácia un lado,
 detrás de alguna esquina junto al muro,
 será más conveniente y más seguro.
 (*Se inclina á tierra, hace varios esfuerzos por levantar á Pierres, y no pudiéndolo conseguir, lo lleva arrastrando por los piés al fondo del teatro, donde lo deja á la vista.*)
 ¡Picaro!... ¡Lo que pesa!... Si contigo
 el infierno cargara... Yo maldigo
 á la humana criatura
 que se atreve á beber más que agua pura;
 porque un borracho infama
 cuanto en el orbe racional se llama.
 (*Vuelve al medio de la escena y se pasea en silencio un instante, continuando despues de breve pausa.*)

No de armados ejércitos al frente,
 del mundo asombro, á quien concede ó
 (niega,
 por capricho, el triunfar fortuna ciega,
 humillando tal vez al más valiente,
 sino solo y sin nombre, aquí impaciente
 tu valor mano á mano á probar llega,
 (que á un lance oscuro su venganza en-
 trega)
 mi noble arrojo, oh Cárlos prepotente.
 Nada me importa, nada, de Pavía
 el desastre, ni el verme prisionero,
 si nuestro aventajarte en bizarría;
 si aquí de caballero á caballero
 rinde á mis plantas hoy la espada mia
 á tí dominador del orbe entero.
 (*Se pasea, y luégo se para de pronto.*)
 Oigo pasos.—Vienen dos.
 ¿Si será?... Será sin duda.
 ¡Oh suerte! mi esfuerzo ayuda.
 El es, sí, gracias á Dios.
 Me retiraré á este lado
 para dejarle llegar. (*Se retira.*)

Salen embozados EL EMPERADOR y TOMATE.

EMPER. (*Deteniéndose á la salida.*)
 Un hombre he visto cruzar.
 TOM. Allí enfrente está parado.
 EMPER. ¿Uno solo?
 TOM. (*Observando.*) Señor... sí.
 EMPER. Pues quédate tú entre tanto
 que yo solo me adelanto,
 y no te muevas de aquí.
 TOM. Señor, miéntras uno sea...
 EMPER. Tomate, aunque fueren ciento,
 basta mi espada y mi aliento.
 TOM. ¿Y si se armase pelea...?
 EMPER. (*Resuelto.*) Quieto tú sin respirar.
 Si á darme ayuda te atreves,
 si un paso de aquí te mueves,
 vive Dios que te hago ahorcar. (*Se adelanta.*)
 TOM. (*Aparte.*) No me moveré, á fe mia,
 aunque el encargo no hiciese;
 y si acaso me moviese
 para ir más léjos seria.
 REY. (*En voz alta.*)
 ¡Ah, buen hombre!
 EMPER. (*Con sorna.*) ¿Nada más?
 REY. ¡Hidalgo!
 EMPER. Más alto estoy.
 REY. ¡Caballero!
 EMPER. Sí, lo soy.
 REY. Volved al momento atrás.
 EMPER. ¿Y eso quién lo manda?
 REY. (*Adelantándose resuelto.*) Yo.